



LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IDENTIDAD IMAGINADA: *EL CARIBE*

Luis A. Vázquez Pasos¹

Introducción

En esta ponencia reflexiono sobre el imaginario que actualmente los medios de comunicación y las agencias de turismo han generado, y reproducen, acerca del *Caribe*. En todos estos casos, tales representaciones van acompañadas de una identidad que estos agentes le asignan al *Caribe* y a sus pobladores que se contraponen con la que ellos generan y a través de la cual se reconocen.

La idea más general que sostengo en esta reflexión es que en contra de la visión reduccionista que transmiten esas representaciones que se sintetizan en un *Caribe* por demás homogéneo, en la realidad existen *Caribes* que se definen por su pluralidad, por sus historias y por las formas como sus habitantes han enfrentado esas historias en sus interacciones cotidianas. Como se podrá apreciar a lo largo de mi exposición, mi intención no es reconstruir esas representaciones que dichos agentes elaboran. Antes bien, son un punto de referencia.

Problemas para comenzar

¹ FCA/Universidad Autónoma de Yucatán, México. E-mail: vpasos@uady.mx



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

El impacto de los medios de comunicación en la orientación de la conciencia de no pocas personas y el del turismo en la economía de nuestra sociedad es incuestionable. Sin embargo, en diversas ocasiones las imágenes transmitidas y el efecto económico resultante a nivel local son espejismos que desvirtúan la realidad empíricamente hablando. El caso del *Caribe* es una muestra por demás evidente de lo que ahora digo. Así, quien lee en las páginas de un periódico, oye en el radio o ve por la televisión la promoción de un sitio de esta porción del continente americano, se forma una imagen a semejanza de lo que esos medios transmiten, pero que no necesariamente corresponde con lo que podríamos llamar la *realidad vivida* o experimentada. A pesar de ello, y he aquí el problema, la eficacia de sus mensajes ha dado lugar a la formación no sólo de representaciones distorsionadas del *Caribe*, sino más todavía de un imaginario colectivo que no corresponde con la realidad, pero que los consumidores de esos medios y empresas aceptan como hechos reales que, como si fueran dogmas, no hace falta comprobar.

La fundamentación más general de este imaginario del *Caribe* se apoya en la premisa decimonónica de la homogenidad. Bajo ella el *Caribe* es representado en esos mensajes como un paraíso tropical en donde todo, a pesar de estar formado por diferentes países, es uniforme o más aún como un *no lugar* (Auge, 1995) en el que un potencial turista, al ver y escuchar la propaganda correspondiente, lo mismo puede sentirse en Cozumel, en Varadero, en Trinidad y



Tobago o en cualquier otra playa caribeña. O lo que es peor, creer que Cancún está en Puerto Rico y sorprenderse cuando su avión aterriza en territorio mexicano. ¿Qué decir de quien cree que Chichén Itzá se encuentra en Quintana Roo? La culpa no es del todo suya, pues la información turística que ha consumido a través de la televisión, de folletos y de revistas que las aerolíneas obsequian a sus pasajeros, le presenta ante sus ojos como un todo homogéneo y por demás atemporal en donde hipotéticamente hay un mismo tipo de gente, de clima, de vegetación, de flora, de fauna, de mar y de playa, de paisaje submarino, de hoteles, de diversiones, de bebidas, de gastronomía, de música y demás elementos con los que va creando, a partir de esas representaciones, una identidad de las personas y una imagen del *Caribe*, que sólo existen en su mente y en las de quienes así las imaginan.

Una de las primeras dificultades que enfrenta toda representación es la de la reconstrucción mental del objeto representado y su consecuente materialización. En este sentido, se trata de un proceso de conocimiento y no de la simple designación nominal y reproducción gráfica de dicho objeto. En todo caso, sería el punto de partida de ese proceso o de la construcción de una representación. De cualquier modo, revela la forma como el sujeto percibe el objeto, lo aprehende y lo incorpora a su acervo cognoscitivo. Visto así, los nombres con los que se ha conocido al *Caribe*, por una parte, evidencian las diversas representaciones hechas



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

desde su "descubrimiento", y por la otra, confirman su heterogeneidad. Lo cual echa por tierra la imagen homogénea de este mar. En este orden, es válido preguntar, como otros ya lo han hecho, ¿cómo debemos llamar a ese extenso mar enmarcado por las Antillas, América Central y el norte de Sur América? (Gatzambide-Geigel, 1996); ¿cómo debemos llamar a sus habitantes? ¿Se identifican como caribeños?, ¿existen una cultura y una identidad caribeñas? Si así fuera esto último sería importante saber qué elementos históricos o culturales les relaciona entre sí. En el caso de México podríamos hacer preguntas semejantes. Por ejemplo, ¿qué elementos une a sus habitantes con los de, por ejemplo, Aruba o de Barbados?

Después de todo este problema es el mismo que Cristóbal Colón tuvo que resolver cuando quiso referir a los habitantes de lo que creyó que eran las Indias Occidentales. En su diario de navegación les llamó *Caniba*, *Cariba*, *Caníbales*, *Caribata*, *Caribatan* y *Caribes* (véase Caballero Pinzón, 1989). A falta de mejores referentes, en los documentos oficiales emitidos después del primer viaje de Colón se le denominó por sus características físicas y pasó a ser conocido como *Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. En el siglo XVI Juan López de Velasco lo llamó *Golfo de Caníbales*. Dos siglos más tarde Thomas Jefferys lo refiere como *Caribbean-Sea*. Los ingleses tradujeron como *Spanish Main* lo que era del dominio español. Los franceses, por su parte, al área Circuncaribe le llamaron *Antillas*. Así aparece denominado en la obra titulada



Histoire generale des Antilles habitées par de francois y publicada en 1652. En ella se incluía información tanto sobre los franceses y sus posesiones como también de los indios caribes (Dahlgren, 1996). Llama la atención que no obstante la supremacía que Inglaterra había establecido en ese mar hacia las últimas décadas del siglo XVII, en algunos mapas elaborados en ese siglo y el siguiente a la porción que baña a las Antillas se le denomina *Archipiélago Mexicano* o *Archipiélago de México* (Von Grafenstein, 2000). O bien, al ángulo del continente formado por las costas de Quintana Roo, Belice y Honduras se le llama *Golfo de México* (Breton y Antochiw, 1992).

Los fundamentos de la imaginación

Varios autores sugieren que el hombre desde sus más remotos orígenes ha creado imágenes del mundo que le rodea, de los demás con quienes se relaciona y de sí mismo. Es decir, ha desarrollado la capacidad de imaginar y la ha puesto en práctica. El hombre empezó a crear imágenes, o simplemente a imaginar, conforme su anatomía se fue transformando, su cráneo se modificó y en su cerebro se desarrollaron las zonas del pensamiento y del habla. El *homo sapiens* lo era porque imaginaba, representaba gráficamente lo imaginado y lo transmitía a través del habla.



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

En este horizonte de interpretación podemos añadir lo que Émile Durkheim dice al respecto en *Las formas elementales de la vida religiosa*. A su juicio, “el hombre tiene la facultad natural de idealizar, es decir, de sustituir el mundo de la realidad por un mundo diferente al que accede por medio del pensamiento” (Durkheim, 1992, 392-393). De tal modo, mediante un acto puramente mental, elabora una realidad no sólo ajena a la suya en la que transcurría su experiencia, sino también a la que existía fuera de su imaginación. Pero que elaboraba a partir, no del conocimiento científico, sino de la cultura adquirida en su grupo de pertenencia y de los conocimientos generados a través de su experiencia y de sus interacciones cotidianas. Desde esta forma de ver las cosas, podemos decir, las imágenes resultantes no eran otra cosa que lo que hoy día conocemos como representaciones sociales (véase Jodelet, 1986).

En los términos anteriores, no resulta raro que desde la llegada de Cristóbal Colón al *Caribe* y su posterior colonización, no pocos conquistadores, misioneros, gobernantes, burócratas y civiles imaginaran de muy diversas maneras la tierra que habitaban y que en el mejor de los casos deviniera en la construcción de una serie de representaciones que no correspondían con la realidad, pero que daban como ciertas por estar insertas en un marco de pensamiento que legitimaba su posición social y su ejercicio del poder.



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

De hecho, Colón fue el primero en elaborar una imagen falsa de las tierras a las que llegó en 1492. El fin era justificar ante los Reyes Católicos el desastre económico de ese primer viaje, mantener su interés y obtener el financiamiento necesario para sus siguientes viajes (García Márquez, 1984). Así las leyendas de una naturaleza exuberante en donde habitaban enormes bestias y fantásticas aves y en cuyas recónditas entrañas se hallaba la fuente de la eterna juventud, además de las que testimoniaban la existencia de ciudades cubiertas de oro gobernadas por amazonas y pobladas por gigantes, estimularon la imaginación de los europeos ávidos de evidencias que confirmaran su visión del *otro*, pero sobre todo la existencia del oro y de la plata que les darían el poder, la fortuna y los títulos nobiliarios anhelados.

Bajo ese tipo de representaciones, el *Caribe* transcurrió en la historia con una identidad igualmente falsa, pues era la que le asignaban los *otros* y no la que sus habitantes se daban y a través de la cual se reconocían como iguales. Hoy día, como ayer lo hicieron las potencias colonizadoras, las empresas turísticas y los medios de comunicación continúan en mucho esa labor imponiendo formas de pensar la realidad provenientes de la sociedad dominante y no las de las sociedades locales que corresponderían a cada una de las entidades que componen el *Caribe*. Por ejemplo, el ocio como mercancía.



Objetivando el *Caribe*

Todo esfuerzo por representar un objeto, objetivarlo y socializarlo debe tener como punto de partida los contextos en los que el sujeto se representa el objeto y éste se concreta. Lo contrario nos conduce no a su representación, sino a la falsación de la realidad. Éste sería el caso de las representaciones elaboradas sobre el *Caribe* por conquistadores, viajeros y autoridades coloniales o por los actuales medios de comunicación y agencias turísticas. En este sentido, toda representación alude a sendos contextos cuya interrelación los hace indisolubles. Uno es el formado por el tiempo y el espacio en los que se produce dicha representación y otro es el que se refiere a los entornos sociales en los que se ubica el sujeto que la elabora y el objeto representado. Tratándose del *Caribe*, el tiempo encierra la historia, o mejor dicho las historias, de su propia constitución. Pero sobre todo, las biografías, las ideas y las acciones de los individuos que lo constituyeron. Dicho de otra manera, la historia encierra los diferentes tiempos o momentos a través de los cuales los individuos se relacionan entre sí, con los demás y su entorno para la construcción de su identidad. Visto así, la construcción de la identidad, y de toda la cultura que le da sustento, solamente es posible a través de la historia ya sea individual o grupal.

Bajo esta forma de concebir la historia, en el *Caribe* se intersecan varias historias. Una es la escrita por los grupos dominantes, se reproduce a través de la educación formal y habla de



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

fundaciones, batallas memorables, héroes y villanos, piratas, tratados, pactos y traiciones. Otra es aquella, “que se inscribe en el tiempo corto” (Braudel, 1979, 123) y se transmite por tradición oral, privilegia a los propios individuos como sus actores y narra la vida cotidiana que permanece grabada en la memoria del grupo, pero que, sin embargo, cada uno de sus integrantes se representa de diferente manera. En este sentido puedo estar de acuerdo en que “el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones” (Braudel, 1979, 66).

Otras historias del *Caribe* son las que se refieren a su formación física y a los fenómenos históricos, sociales, culturales, políticos y económicos que en él tuvieron, y tienen, lugar. Así, en tanto la primera se remonta a algún momento de la historia geológica de la tierra, la segunda está compuesta por múltiples variables y va desde la aparición de los primeros grupos humanos hasta nuestros días. De tal modo, su corte en períodos de acuerdo con el fenómeno a estudiar, es indispensable tanto para su análisis como para su comprensión. Producto de este proceso, en ocasiones al *Caribe* se le representa como un todo del cual se desprenden sus partes y en otras son estas partes las que forman el todo. En el primer caso, es el llamado *Mar Mediterráneo Americano* y en el segundo se encuentra formado por las cuencas submarinas del este de Yucatán, Caimán, Colombia, Venezuela y Granada (véase Santana, 1993). En contraste, su segunda historia es mucho más reciente. Es resultado de un complejo proceso que se inicia con la



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

llegada de Colón a esas costas y aguas con el fin de tomar posesión de sus tierras en nombre de la corona española, hacer de sus habitantes súbditos suyos y explotar sus riquezas. En este sentido, hoy día, aunque bajo otras condiciones, dicho proceso permanece abierto, aunque a cargo de otras potencias. Sin embargo, ambas historias se intersecan a medida que el *Caribe* se fue poblando, sus primeros pobladores se apropiaron de la naturaleza para subsistir y reproducirse biológicamente y sus posteriores colonizadores sometieron a los anteriores y se adueñaron de sus tierras, sus productos y sus mares.

A diferencia también de la historia física del *Caribe*, su segunda historia no sólo es más heterogénea, sino también subjetiva. El ritmo de su desenvolvimiento lo marcan las historias particulares de cada uno de los actuales países que lo componen. Por ejemplo, en el caso del *Caribe* mexicano esta historia apenas tiene un siglo, pues se inicia con la creación del Territorio Federal de Quintana Roo mediante decreto presidencial emitido por Porfirio Díaz en 1902². En cambio, la historia social del *Caribe* antillano se remonta a cinco siglos atrás. Continuando con el primer caso, al emitirse dicho decreto, las aguas que en las temporadas de huracanes ponían en peligro a la población estaban muy lejos de ser llamadas con el nombre con el que hoy se les

² Luego de más de un año de ser debatido en la Cámara de Diputados el decreto emitido por el presidente Porfirio Díaz, fue aprobado por la propia Cámara y publicado en el *Diario Oficial* el 24 de noviembre de 1902 (Antochiw y Dachary, 1991).



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

conoce. Hacia fines del siglo XIX eran reconocidas como parte del Océano Atlántico y por ello Francisco Rivas Puigcerver y Leo Berson propusieron llamar a la isla de Cozumel el Paraíso del Atlántico (Macías Richard, 1997).

Tomando como referencia al espacio, en esos mensajes el *Caribe* es imaginado de diferentes formas y así se le representa y llama. Lo que prevalece en ellos es la idea de homogeneidad de su naturaleza y cultura de sus habitantes. Sobre todo, la que se va formando, a manera de imaginario, en los consumidores de los mensajes de las empresas turísticas y de los medios masivos de comunicación. Aparentemente existen un mar y un clima que lo unifican. No obstante, prevalecen especificidades marítimas, climáticas y geográficas y particularidades en cuanto a la fauna, flora y recursos naturales que lo hacen diferente de una a otra región.

Usualmente se considera como tropical el clima de la cuenca caribeña, siendo su temperatura promedio anual superior a los 18° centígrados. A pesar de ello existen variaciones asociadas al litoral y a la topografía de cada país y región. De tal modo, las temperaturas son más altas a medida que nos acercamos a las costas. Pero son más bajas en tanto mayor sea la altitud del sitio. Junto con el viento y la precipitación pluvial, estos elementos inciden sobre el tipo de vegetación. A lo largo y ancho de la cuenca caribeña es posible distinguir desde maleza desértica en las costas hasta bosques en montañas cuya altura excede los dos mil metros sobre el nivel del



mar (De Lisio, 1993). Orográficamente podemos distinguir, al menos, las siguientes áreas: las Antillas Mayores, las Menores, Colombia y Venezuela y un conjunto de islas, entre las que se encuentran Aruba, Antigua y Curazao, homogeneizadas por la ausencia de variaciones topográficas (De Lisio, 1993). O bien la que ha sido llamada “...la llanura del Caribe centroamericano, entre el norte de Yucatán y Panamá meridional” (Gargallo, 1993).

Los entornos sociales

Los entornos sociales a partir de los cuales el *Caribe* es imaginado y representado son múltiples. Uno de los de mayor impacto es el político. Desde la perspectiva que ofrece este entorno, el *Caribe* también ha sido representado bajo el calificativo de *frontera imperial* (Bosch, 1981). En este caso, el tiempo se interseca y da lugar a una historia que no se mide por el tiempo cronométrico que alude a un determinado número de días, sino por el tiempo cronológico y aun por el tiempo cronográfico que dan cuenta de las construcciones temporales en las que transcurren los hechos sociales que marcan significativamente las relaciones que los individuos sostienen en una determinada época³. Aunque para algunos estudiosos dicha historia se extiende de la llegada de Colón a costas de la *Hispaniola* en su segundo viaje al desembarco del ejército

³ Carmen Mataix Loma distingue cuatro clasificaciones de lo que llama tiempo externo. Éstas son las siguientes: cronometría, cronología, cronografía y cronosofía (Mataix, 1999).



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

norteamericano en Santo Domingo (Bosch, 1981), yo más bien diría que permanece abierta. En este período el *Caribe* ha estado sometido a sendos imperios. Uno es el español y el otro es el estadounidense. El primero se inicia con el primer viaje de Colón y concluye en 1898 con la pérdida de Cuba a fuerza de las armas del naciente imperio que le sucedería a partir de esa fecha. El segundo empieza antes de la I Guerra Mundial y aún no termina. Al amparo de las ideas de Alfred Thayer Mahan, los Estados Unidos ya habían extendido su dominio en el *Caribe* mediante la construcción en 1914 del Canal de Panamá y las invasiones a Haití y a República Dominicana en 1915 y 1916, respectivamente (Muñoz Mata, 2000). Hoy día, la persistencia de Cuba impide que ese dominio sea total.

En los términos bosquejados, lo que llegó a ser conocido como *Región Circuncaribe*, pasó a denominarse el *Caribe* (Sauer, 1984). Al nombrarse de esta manera esa porción de la mar océano, los indios “caribes” perdieron una batalla más contra los sucesores de los primeros conquistadores europeos, pues finalmente se apropiaron de su nombre para imponérselo a un mar y a una región que fueron suyos.

En este mismo ámbito de lo político, algunos estudiosos, al examinar el intervencionismo de los Estados Unidos, sostienen que el *Caribe* es una invención de este país que ocurrió en el pasado siglo XX (Gatzambide-Geigel, 1996). La idea no es despreciable. Otros autores se han



referido a la invención para denotar la creación de determinados espacios. América sería uno de ellos (O’Gorman, 1984). Yo más bien diría, sin menospreciar esta última idea, que la intervención de los norteamericanos se viene a sumar a ese proceso de dominación colonial que ha pesado sobre el *Caribe* a lo largo de los últimos cinco siglos. Otras representaciones del *Caribe* en las que subyacen intentos por definirlo y asignarle una identidad, son los que parten de variables geoestratégicas, etnohistóricas y tercermundistas (Serbin, 1991), o bien los que consideran a los países que lo componen como islas o como parte del continente (Robles, 1991). La aplicación de las primeras variables ha provocado que al área de nuestro interés se le conozca desde 1897 como *Cuenca del Caribe*. En ella se incluyen México, el Istmo centroamericano, las islas de las Antillas y los países del norte de Sur América (Santana, 1993).

Los entornos étnico y cultural

Si bien los elementos naturales marcan la existencia de un *Caribe* heterogeneizado, los entornos étnicos y culturales la hacen todavía más evidente. Con ello, lo plural se sobrepone a lo singular, lo complejo a lo simple y lo múltiple a lo único. Ciertamente las relaciones que sostenían los pueblos asentados en el *Caribe* imprimían nuevos elementos en sus vidas, organización social, sistema económico y composición cultural, no obstante la llegada del hombre europeo produjo



cambios que transformaron violentamente esta situación. El *Caribe* no volvió a ser el mismo. La población aborígen fue diezmada, las economías de los grupos étnicos se transformaron radicalmente, sus lenguas⁴, sus ideas y sus símbolos religiosos fueron sustituidos por los de sus dominadores. A cambio, surgieron asentamientos donde no los había y aparecieron nuevas instituciones, fenómenos sociales, enfermedades y problemas hasta entonces desconocidos. Pero sobre todo, irrumpieron en escena nuevos actores sociales que habrían de protagonizar la historia que hoy tratamos de reconstruir.

Como resultado del análisis de la sociedad que emergió, sabemos que en este momento las sociedades que conforman la cuenca caribeña son multiétnicas⁵ y multiculturales. Las lecturas más elementales sobre etnicidad y cultura enseñan que lejos de lo que en otras épocas se consideraba como criterios definitorios de estas sociedades, hoy en día nadie admite que sean sencillas y homogéneas. Por lo contrario, el consenso gira en torno a su complejidad y heterogeneidad. Criterios que permean su estructura y organización tanto económica como social.

⁴ Al respecto, Norman Girvan (1999) muestra en un cuadro estadístico que en el Caribe se hablan cuatro lenguas, de las cuales el inglés se habla en 18 países, el español en 12, el francés en 4 y el holandés en 3.

⁵ Algunos autores hacen más extensiva esta postura al afirmar que "...la mayoría de los países del mundo son multiétnicos, es decir, que en el marco de las estructuras estatales existentes la población está dividida en grupos heterogéneos, caracterizados por determinados atributos étnicos" (Stavenhagen 1992, 53).



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

Concebidas como categorías, *etnicidad* y *cultura*, es más apropiado hablar de *Caribes* para referirnos a eso que todos llamamos, genéricamente, *el Caribe*. Su historia revela que lo que en un principio eran mundos autónomos con territorios, lenguas y culturas definidos, su conquista, inspirada en el mito de riquezas mitológicas que engendró el descubrimiento colombino, dio origen a múltiples recomposiciones según fuera la Corona ante la cual se hincara el conquistador en turno.

Antes de la invasión europea en todo el *Caribe* se asentaban diversos grupos étnicos que constituían áreas culturalmente delimitadas. A pesar de las relaciones comerciales entre ellos, mantuvieron los elementos que los identificaban entre sí y diferenciaban de los demás. Bajo esta premisa, a modo de ejemplo, en el actual estado de Quintana Roo en México y en los hoy países de Belice, Guatemala, Honduras y El Salvador se desarrolló el *Caribe maya* compuesto por una diversidad de grupos cuyo elemento identitario más común era compartir un tronco lingüístico del que se desprendieron sus respectivas lenguas.

A partir de 1492 la población nativa, junto con su organización social, sistema económico, formas de medir el tiempo y códigos culturales, cedió su lugar a los colonizadores. Primero a los españoles y luego a los ingleses, holandeses y franceses. Los naturales desconocían la pólvora y más aún arcabuces, pistolas y cañones. Ni qué decir de instrumentos de navegación



y técnicas para aprovechar mejor las corrientes eólicas y marinas. Apoyados por la superioridad de su tecnología bélica, los invasores impusieron los elementos culturales, religión, patrones de conducta y formas de organización que habrían de rediseñar los espacios donde ejercieron su hegemonía. Desde esta perspectiva, de la dominación, surgieron el *Caribe español*, el *Caribe inglés*, el *Caribe holandés* y el *Caribe francés*. Todos ellos compartiendo elementos en común, pero manteniendo sus individualidades físicas, históricas y étnicas.

El azúcar y el negro en las representaciones del *Caribe*

El azúcar y la población afroamericana son elementos que se han vuelto indispensables en las representaciones que sobre el *Caribe* hacen hoy día los medios de comunicación y agencias de turismo. Sin embargo, no todo el paisaje caribeño son cañaverales, ni toda su población es afroamericana y mucho menos siempre fue así. Igual que otros elementos, son parte de ese imaginario sobre lo que conocemos como el *Caribe*.

Vale recordar que los sucesivos conquistadores redujeron bárbaramente la población nativa⁶. Otros, en cambio, frente a la necesidad de fuerza de trabajo para saciar su sed de oro

⁶ Algunos estudiosos, basados en el padre Las Casas, calculan en 12 millones la población aniquilada por los españoles (Seymour, 1981). En este aspecto, como en otros, Las Casas sigue siendo polémico, muestra de ello es la acusación que le hacen algunos historiadores de haber exagerado el número de víctimas (Duchet, 1984).



acudieron a la esclavitud. Sin embargo, en ausencia de grandes yacimientos de este mineral en las islas caribeñas, el azúcar les calmó esa sed. Tras su introducción en la *Hispaniola* por Colón en 1493, pronto fue el cultivo dominante en todas las islas conocidas⁷. Si bien Colón trajo consigo el azúcar al *Caribe*, fueron los conquistadores quienes impusieron su cultivo y las condiciones sociales para su producción y comercio. Cual ley inexorable, el azúcar seguía una vez más a los conquistadores. Así había sucedido en Europa en los siglos VIII y IX y así sucedió en América siete siglos después (Mintz, 1996). La riqueza generada ante su demanda hizo que numerosos terratenientes llevaran la caña a sus haciendas situadas en los diversos países del continente que poseen litorales caribeños e implantaran en ellas el sistema de trabajo basado en la explotación intensiva de fuerza de trabajo.

El cultivo de la caña de azúcar y su transformación en el preciado dulce siempre requirió este tipo de explotación de fuerza de trabajo. En América no había siervos ni esclavos a quienes se pudiera explotar en los incipientes trapiches por lo que primero se acudió a la población amerindia y cuando ésta se extinguió, o fue insuficiente para satisfacer la demanda del mercado, se recurrió a la africana. Sin embargo, también hubo esclavos procedentes de las costas del mar Índico, de Filipinas, de Melanesia, de Java, de China y de Arabia. Los europeos fueron quienes

⁷ Programa Cultural de las Fronteras (1988).



introdujeron los primeros esclavos negros, que traían consigo como parte de su servidumbre, al *Caribe* y a toda América. Como tal, esta costumbre era una vieja práctica medieval regulada por una serie de ordenamientos derivados de las *Leyes de las Siete Partidas*, mismas que a su vez recogían una “antigua tradición legal esclavista castellana con herencias legales románicas, visigóticas y arábigas” (Mellafe, 1973, 16). En este sentido, dichas costumbre y ordenamientos legales, sirvieron para legitimar tanto la posesión como el tráfico de esclavos (Aguirre Beltrán, 1989).

Teniendo de por medio una estructura económica en expansión y una ideología que le servía de apoyo, el azúcar y el negro pasaron a ser dos de los elementos que habitualmente se han tomado para representar al *Caribe*. Del mismo modo, la esclavitud y el peonaje acasillado se constituyeron en parte de la memoria colectiva de los lugares donde uno y otro sistema de trabajo prevalecieron.

Una de las omisiones más frecuentes en este tipo de representaciones es la que se refiere a las identidades que construyen los individuos. Diversos autores coinciden en que las identidades se constituyen a través de las distintas relaciones que sostienen aquéllos. Partiendo de esta premisa podemos pensar que la producción del azúcar no sólo sirvió de referente para representar al *Caribe* y a sus habitantes, sino también para que sus productores se reconocieran



entre sí como integrantes de un mismo grupo. Esta identidad se amplió a las clases trabajadoras a través del consumo de azúcar moreno que, por su elaboración en trapiches rudimentarios y su color, igual que los negros, era menospreciado por la población blanca. No así por la población trabajadora ya que su bajo costo les permitía adquirirlo. En el *Caribe* mexicano, los peones de las haciendas azucareras, las clases bajas de los pueblos y aun los pobladores de las rancherías consumían barras de panela elaboradas con los residuos del azúcar no refinado y melaza.

Durante el pasado colonial, la introducción del azúcar dio lugar a transformaciones que en muchos casos fueron radicales. No sólo modificó la ecología insular con los cañaverales que cubrieron extensas superficies de tierra; más que eso, alteró radicalmente la organización económica y social que hasta entonces imperaba. En lugar de la economía basada en la explotación colectiva de la tierra, el trabajo comunal y la producción para el consumo doméstico, surgió la economía de plantación que por mucho tiempo identificó al *Caribe*. Donde había una sociedad relativamente homogénea, surgió una sociedad estratificada en clases sociales que se fue haciendo más compleja a medida que la explotación azucarera aumentó. Por ejemplo, apareció una gama de trabajadores y trabajadoras de color que se desempeñaban como carpinteros, albañiles, aserraderos, herreros, toneleros, muleros, carreteros, lavanderas, costureras y cocineras (Craton, 1979).



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

En el caso del *Caribe* mexicano, el azúcar no tuvo la misma importancia que en otros sitios como Haití, Cuba o la actual República Dominicana. A cambio, a fines del siglo XIX, a lo largo de la costa de Quintana Roo la extracción del chicle y la tala de maderas preciosas como el cedro y la caoba se erigieron como las actividades económicas de mayor importancia. Tras la creación del territorio de Quintana Roo en 1902, la explotación del coco se incorporó a esas actividades. De tal modo, estas actividades económicas junto con las imágenes de los trabajadores que las practicaban en los campamentos chicleros y madereros y en los ranchos copreros, pasaron a formar parte de la memoria colectiva a través de la cual los quintanarroenses se identifican. Al momento actual, a esas actividades y ese imaginario, hay que agregar el turismo.

Hoy día la presencia del negro y la economía de plantación sirven para que algunos analistas definan al *Caribe*, y así lo representen, como las partes de Afro-américa (o de la América de las plantaciones) que quedan al sur de los Estados Unidos y al norte del Brasil” (Gatzambide-Geigel, 1996, 91). Conviene agregar que bajo este tipo de economía se explotaron otros cultivos como el café, el cacao, el tabaco y el algodón.

Sincretismo cultural



Desde la llegada en 1503 de los primeros africanos a *La Española*, la figura del negro contribuyó a modificar el perfil étnico existente. Sólo que, a diferencia de los europeos, pasó a formar parte de la población sojuzgada. Aunque su cultura igualmente fue estigmatizada, no pocas de sus prácticas fueron asimiladas por la población nativa. Por ejemplo, sus ideas y rituales religiosos y sus técnicas y conocimientos terapéuticos fueron del consumo, en distintas dosis, de los diferentes sectores sociales que poblaron el *Caribe*. Del mismo modo, pese al estigma social, el negro se mezcló biológicamente con los demás grupos de la población local. En unos casos la persistencia genotípica es evidente, no así en otros en los que finalmente dominaron los genes de los grupos con los cuales se mezclaron. De cualquier modo, los hechos anteriores dieron lugar a manifestaciones culturales sincréticas y a nuevos grupos que, de acuerdo con el fenotipo de sus integrantes fueron denominados castas. Las castas negroides más comunes fueron las de los pardos y los mulatos.

A lo largo de tres siglos de esclavismo, los negros perdieron no sólo su libertad, sino también su lenguaje materno⁸. A cambio de ello, al conjuntarse la *negritud* con los elementos culturales propios y los impuestos por los conquistadores, surgieron formas sincréticas de cultura que identificarían a una amplia región del *Caribe*. En principio se apropiaron del idioma de sus

⁸ Programa Cultural de las Fronteras, *Op cit.*



opresores y del cristianismo que pregonaban, pero que evidentemente no practicaban. Pese a la dominación europea, la población negra opuso resistencia a sus dominadores por lo que en las islas dominadas por españoles, ingleses, holandeses y franceses surgió el *Caribe afroantillano*.

La Iglesia católica incluyó a los negros en la evangelización que emprendió en América. Pero les negó el ingreso a sus órdenes religiosas, inclusive ya entrado el siglo XVIII (Rojas, 1990). Esto no fue obstáculo para que asimilaran algunos elementos de su doctrina, los reestructuraran de acuerdo con su cosmovisión y expresaran mediante formas populares que la población blanca y la jerarquía de esa Iglesia estigmatizaron. En tanto aquéllos utilizaban en sus rituales oraciones como el Padre Nuestro o la Magnífica, imágenes de santos y vírgenes, escapularios y diversas reliquias, la élite social y la jerarquía católica, fieles a la ortodoxia de su Iglesia, las calificaban como supersticiones, hechicerías, brujerías o ritos demoníacos.

La persistencia de esas prácticas hasta nuestros días ha dado lugar a una representación del *Caribe* basada en el sincretismo entre religiones afroamericanas y el catolicismo. Sin embargo, no deja de ser una falsación de la realidad ya que en las islas y tierras continentales caribeñas también existen quienes se reconocen católicos, miembros de alguna Iglesia cristiana o de grupos religiosos como los testigos de Jehova o la New Age.



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

Las representaciones sobre el *Caribe* basadas en la esclavitud de la población africana no nos dicen qué pasó con ella tras la abolición de esta forma opresora del individuo. Tal pareciera que dicha población permaneció estática y que su reproducción fue endógama. La esclavitud concluyó en el *Caribe* hacia el fin de la primera mitad del siglo XIX⁹. Una vez obtenida su libertad, numerosos negros migraron a los países del continente donde se incorporaron a distintas actividades económicas. En México los negros provenientes de Jamaica que arribaron a partir de la década de 1880, como sucedió en Costa Rica y Panamá, fueron contratados “...para trabajar en la construcción de los ferrocarriles, en las labores de los muelles, o en la agricultura de los estados de Tamaulipas, Campeche y Yucatán y, posteriormente, cuando llegó el auge del petróleo, en los campos petroleros” (Muñoz, 2000, 127).

Igual que sus padres y sus abuelos al incorporar los elementos culturales de los sitios a donde migraron y transmitir los suyos propios, dieron lugar a nuevas expresiones culturales. Pero más todavía, provocaron el surgimiento del *Caribe afroamericano*. Música, danza, canto y prácticas terapéuticas son, además de la religión popular, algunas de estas expresiones.

⁹ En el caso de México, al inicio del movimiento armado de 1810 “Hidalgo decreta la liberación de los esclavos; en 1828 el Congreso declara abolida la esclavitud y en 1834 México e Inglaterra convienen en prohibir la trata o comercio de esclavos” (Aguirre Beltrán 1994, 31-32).



La influencia del negro fue determinante en la composición de la población étnica en el *Caribe*. Belice es un ejemplo. Datos de 1980 revelan que el 75% de la población criolla son descendientes de los negros que arribaron a esta antigua colonia británica. Cifra muy superior a la que registraron los beliceños de ascendencia maya, cuyos ancestros constituían el grupo étnico dominante al momento de la llegada de los primeros esclavos negros a ese territorio (Gargallo, 1993).

Conclusiones

Lo dicho nos señala la imposibilidad, o al menos su dificultad, de representar algo mediante imágenes fuera de contexto. Si bien las representaciones son abstracciones de la realidad, hacen referencia a objetos y procesos que ocurren en determinados tiempos y espacios y a sujetos que las construyen y protagonizan. En este sentido, no es posible elaborar una representación única del *Caribe*, no sólo porque lo que existe son *Caribes*, sino también porque su heterogeneidad imposibilita reducirlo a una sola representación. La incorporación de nuevos elementos en la vida cotidiana de los pobladores de los *Caribes* es un proceso que prosigue. En su vorágine, se recomponen las bases, objetivas y subjetivas, sobre las cuales aquéllos construyeron esa historia,



sus etnicidades, culturas e identidades. Elementos a partir de los cuales elaboraron las imágenes que dieron lugar a sus propias representaciones.

El pasado colonial ha quedado atrás. No obstante, los países que integran el *Caribe* se enfrentan a nuevas formas de dominación económica y cultural que no son otra cosa que las múltiples caras que adopta el colonialismo hoy día. La influencia de los Estados Unidos es, del mismo modo, por demás evidente en toda la región. Sin embargo, ahí están las viejas potencias coloniales. En Martinica, Guadalupe y la Guyana francesa, Francia continúa imponiendo su hegemonía. Lo mismo ocurre en las Antillas holandesas a pesar de poseer un gobierno de suyo autónomo (Hintzen, 1991). En todos estos sitios las condiciones de trabajo que impuso el capitalismo, convirtieron a los antiguos esclavos de las plantaciones en asalariados de maquiladoras y compañías petroleras, mineras, azucareras y bananeras. O bien de la gran diversidad de servicios que trajo la llamada industria turística en toda la cuenca del *Caribe*. A su identidad étnica, los habitantes de esos sitios añadieron los componentes de la clase social en la que se ubican.

Hoy los distintos *Caribes* se incluyen en la globalización de la economía. El turismo, el intercambio comercial, el narcotráfico y los medios masivos de comunicación, incluyendo los sistemas computarizados, han dado lugar a una dinámica cultural por demás compleja. Por una



Anais
V Simpósio Internacional do Centro de Estudos do Caribe no Brasil

parte, han coadyuvado a la creación de una *supra cultura* desobjetivada, y por tanto imaginada, para el consumo de turistas y aun de residentes, que intenta homogenizar las culturas locales y sus identidades y así ocultar un pasado vergonzante de dominación en todos sus órdenes. Por la otra, al surgimiento, como respuesta, de una *cultura analogizada*. O sea, una cultura orientada al rompimiento de esa dominación y cuya construcción se basa en la analogía (Beuchot, 2004) en cuanto síntesis de las diferencias y semejanzas históricas contenidas en las culturas e identidades particulares de sus portadores.